

EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Claudio Collados Núñez

La caída del muro

A partir de 1985, impulsado por la dirección de Gorbachov, que apoyo el surgimiento en Polonia del Movimiento Sindical Solidaridad como un actor político legítimo, se va produciendo en Europa occidental y oriental y en la propia Unión Soviética (URSS) un proceso de declinación del control político por parte de los partidos comunistas.

Las actitudes de "perestroika" y "glasnost" en la URSS se van acentuando a medida que avanza el segundo lustro de la década y ello provoca dos grandes efectos: Uno externo y otro interno.

En lo interno da paso al surgimiento de demandas de autonomía por parte de las Repúblicas bálticas, caucásicas e incluso eslavas, que buscan atender directamente sus necesidades más urgentes en el campo económico, social, administrativo, policial y hasta militar.

En lo externo se traduce en una equivalente tendencia de las Repúblicas de Europa oriental a debilitar los lazos que las unen a la URSS en aspectos ideológicos, económicos y militares, dado el ocaso de la "Doctrina Breshnev".

La inflexibilidad del Gobierno alemán oriental, que no se puso a tono con las tendencias liberacionistas, provoca una aceleración del autonomismo en otras Repúblicas, particularmente en Hungría y luego en Checoslovaquia, que abren sus fronteras con Austria y permiten por esta vía un éxodo masivo de alemanes del este hacia Alemania occidental, lo que deja en muy precarias condiciones al Gobierno de Alemania oriental, que pierde su estabilidad. Desaparece la Cortina de Hierro y cae el Muro de Berlín.

Posteriormente ocurre una sucesión de movimientos opositores en todas las Repúblicas comunistas, las que deben ceder a tales presiones estableciendo Gobiernos de transición que logran manejar la situación sin llegar a provocar alzamientos violentos de difícil control. En Rumania, sin embargo, el intento de liberación paulatina no logra éxito y se produce el derrocamiento sangriento del Presidente Ceacescu.

A fin de cuentas, el año 1989 señala el colapso del bloque oriental y la instauración en todas sus Repúblicas de Gobiernos de transición a la democracia.

En la URSS el proceso de liberación implica la pérdida de exclusividad política del partido comunista, la adopción de planes económicos orientados por los principios del mercado y una persistente descomposición de los vínculos federativos de las Repúblicas de la URSS, lo que debilita seriamente la preeminencia del Gobierno central.

La situación resultante es por demás compleja y fluida, manteniendo un dinamismo que puede afectar la capacidad de su manejo de los propios protagonistas y hacerse incontrolable.

Los lineamientos ideológicos

El ordenamiento político-ideológico de posguerra había sido el elemento ordenador de toda la política internacional durante 40 años; era un ordenamiento bipolar, esencialmente de enfrentamiento, atenuado a veces por situaciones coyunturales de distensión. Hay que considerar que las ideologías en pugna tenían, en cada polo, un par de teorías antagónicas: El democratismo liberal y la economía capitalista,

en el oeste, y el totalitarismo comunista y la economía centralmente planificada, en el este. De hecho, ambas tenían su sustento básico en el elemento económico, pues las economías capitalistas requieren de la democracia para el libre juego del mercado y la economía centralmente planificada requiere del máximo autoritarismo para lograr sus metas.

De aquí que el éxito o el fracaso económico, al margen de las vigencias de regímenes libertarios o totalitarios, era el hecho decisivo para sostener exitosamente cada ideología. Los objetivos económicos fundamentales inciden en dos ámbitos: En el estatal, como capacidad colectiva de enfrentar los desafíos del entorno; en el individual, permitiendo una perfectible calidad de vida. En lo inmediato, esos propósitos no siempre se apoyan; antes, contrariamente, por lo general se contraponen, pero a largo plazo el primero es indispensable para mantener al segundo.

Es así como las demandas estatales de seguridad afligían por igual a ambas superpotencias, las que lograban a duras penas el equipamiento nacional para mantener su capacidad de enfrentamiento global. Estados Unidos era controlado por su régimen democrático con su capacidad de crítica; la URSS, aparentemente favorecida al respecto por su estructura totalitaria, quedaba, de hecho, expuesta a su falta de control político y a los riesgos de una disparada de costos por la ausencia del control del mercado.

En estas circunstancias, la URSS empieza a sufrir debilidades económicas que no trascienden tanto como las de Estados Unidos, que también las tiene; no obstante sus deficiencias, este último país inicia un programa ambicioso de seguridad militar concretada en la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), que implicaba elevados costos. La sola puesta en marcha de este proyecto desestabiliza el eficaz "equilibrio del terror", que había logrado, por disuasión mutua —aunque precariamente— una prolongada ausencia de guerra en Europa; ello obliga a la URSS a tomar la gran decisión: O iniciar un proyecto similar al de la IDE, con el enorme costo que ello implicaría, o hacer pública su debilidad económica, admitirla e iniciar un proceso de control de armas, buscando por esta vía salvar tanto la amenaza externa como la situación interna, ya casi ingobernable a raíz del retiro de Afganistán y los fracasos económicos. Finalmente, la URSS adopta como resolución esta última alternativa.

Esta decisión, con todo lo crucial que fue, llegó demasiado tarde; el desgaste económico y social de la URSS era muy profundo y no le

permitía siquiera sostener una posición negociadora que contara con el respaldo real del pueblo soviético. Lo fundamental de este colapso fue el descrédito de la ideología marxista-leninista, de tal entidad que se hizo aparentemente irreversible. Lo anterior aceleró las reformas internas en la URSS y en los países de Europa oriental, todas ellas claramente tendientes hacia lo democrático en política y hacia el mercado en lo económico.

El enfrentamiento ideológico Este-Oeste quedó así superado por la derrota de la ideología marxista-leninista frente al capitalismo de Occidente. Como este enfrentamiento era la base de la política internacional, la situación actual refleja la preeminencia de la ideología de Occidente, en cuyo contexto, por ser más flexible que el comunista, se advierte el rebrote de otras ideologías de menor entidad que el comunismo y que se habían mantenido sumergidas por la intensidad del enfrentamiento ahora eclipsándose. Ellas son el nacionalismo en general y el islamismo en particular; por ser ambos bastante militantes en su accionar pueden alterar en alguna medida el ámbito político-ideológico internacional, prematuramente catalogado como absolutamente estable, al extremo de haberse proclamado gozosamente que "ha estallado la paz".

El Primer Ordenamiento queda así estructurado en forma muy asimétrica, con un polo dominante —el Occidente democrático capitalista; un polo atenuado —el marxismo centralista— y una difusa constelación de ideologías resurgentes, como el nacionalismo y el islamismo, que se enfrentan al fortalecido binomio individualismo-universalismo.

La Carta de París, firmada en noviembre de 1990 por 34 países europeos y atlánticos, refleja en su consenso los valores que regirán en el próximo futuro el ordenamiento político-ideológico mundial. En tal sentido se perfilan como substantivos los siguientes:

En lo interno

- Democracia liberal;
- Libertad económica, manifestada a través del mercado;
- Imperio de la ley;
- Respeto a los derechos humanos.

En lo externo

- Igualdad soberana de todos los Estados;
- Seguridad para todos los países; no agresión;
- Respeto a la identidad étnica, cultural, histórica y religiosa de las naciones;
- Libre comercio internacional.

* * *

El protagonismo económico

Superado el enfrentamiento político-ideológico o descrédito de la ideología marxista-leninista, los factores económicos han asumido abiertamente un rol predominante como elementos en torno a los cuales se elabora el perfil de la política internacional.

No obstante lo anterior, el nivel de la actividad económica en términos mundiales se presenta en una perspectiva deprimida, acusando una cierta debilidad que en algunos casos es de estancamiento y en otros de recesión.

El hecho es que, con las experiencias de las crisis del petróleo en 1973 y de las deudas externas en 1982, los países de mayor desarrollo económico han decidido evitar a toda costa los estragos de la inflación, aun si ello implica sacrificar sus niveles de crecimiento. Ante esta decisión, el mundo ha debido aceptar este escenario de muy moderado crecimiento, a sabiendas que es un factor extremadamente limitante, en particular para las economías del Tercer Mundo.

En este marco, las economías este-europeas parecen ser especialmente atractivas para los capitales de Occidente, lo que puede significar una suerte de abandono del Tercer Mundo. Sin embargo, si se analiza el caso más objetivamente, ello podría no ser tan factible, dadas las dificultades que tienen algunos países ex comunistas para adecuar al nuevo esquema sus arraigadas estructuras productivas y distributivas e, incluso, las propias mentalidades individuales, renuentes a enfrentar el proceso de libre opción que exige una economía de mercado.

En todo caso, la apertura económica del Segundo Mundo hacia las economías occidentales recibe una buena disposición de las potencias del Primer Mundo, interesadas, incluso por razones de estabilidad política de los nuevos Gobiernos, en consolidar sus distorsionadas economías, fundadas en concepciones centralistas. Para ello han llegado a constituir un banco de reconstrucción que canalizará sus aportes. Sin embargo, el peso de esas viejas estructuras económicas ha resultado muy superior a lo estimado y constituye una barrera que las inversiones foráneas por sí solas no pueden superar a corto plazo, siendo probable que varios países del Tercer Mundo sigan siendo todavía más atractivos para el Primero que algunos de estos económicamente anquilosados países europeo-orientales.

El desmoronamiento del bloque soviético conlleva, por lo demás, a la desarticulación del Segundo Mundo, que tiende a disiparse, pues

su opción por la economía de mercado obliga a una apertura hacia el exterior tanto en bienes como en servicios y finanzas, alterando drásticamente los sistemas regulados por el COMECON.

Desde un punto de vista sectorial, la economía del Primer Mundo sigue siendo altamente dependiente de sus demandas de energía, sobre todo en Europa y Japón, y de una energía barata en Norteamérica. No hay que olvidar que la propia CEE surgió de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y de la Comunidad Europea de Energía Atómica (EURATOM); no hay duda que la energía será un factor decisivo en el próximo futuro para los alineamientos políticos y para las orientaciones de la política exterior de las potencias.

El hecho es que la declinación económica generalizada presiona a la baja a los precios del petróleo, permitiendo un alto consumo de energía, lo que naturalmente incrementa la necesidad de asegurar —a esos precios deprimidos— fuentes proveedoras de petróleo, dado el descrédito de la energía atómica por el desastre de Chernobyl, por los resabios del pacifismo incentivado por la URSS, que la atacó persistentemente, y por la creciente presión interna de los políticamente importantes partidos ecologistas.

Este mismo factor ambiental es el que obliga a políticas económicas restrictivas en el manejo del ambiente y de los recursos naturales, impulsando la dispersión de los enclaves industriales, todo lo cual incide en las vinculaciones interestatales, ampliando la significación de la política internacional en el quehacer económico y destacando la importancia de los países del Tercer Mundo como receptores de estas factorías —y también de residuos contaminantes— y partícipes marginales del esfuerzo económico mundial.

Otro factor económico de importante efecto en la política internacional es el de la industria de armamentos. El hecho es que el término de la Guerra Fría ha afectado en gran medida los dispositivos e inventarios militares, reduciendo sensiblemente las demandas de las alianzas europeas, lo que significa un menor ritmo de actividad y una acumulación de *stocks*. Su liquidación a precios rebajados puede acentuar un equipamiento militar de oportunidad en el mundo periférico, incentivando aún más situaciones críticas marginales, descongeladas de su hibernación por la distensión política actual en la oligarquía mundial y acicateadas por los requerimientos del nacionalismo emergente.

El Segundo Ordenamiento va enfatizando

así la esencia de su carácter dual —Norte-Sur— en el que el polo desarrollado —representado públicamente por la dominante cumbre de “los siete”, pero conformado básicamente por la tríada Estados Unidos, CEE y Japón— agrupa al Primer Mundo (OECD) y a algunos pocos países del Segundo Mundo capaces de asimilarse al nuevo esquema de economía de mercado. El polo del subdesarrollo lo compone siempre el Tercer Mundo en toda su heterogeneidad, más algunos países del Segundo Mundo alejándose del centralismo, pero incapaces aún de incorporarse al Norte.

En el tercermundismo, como ideología, ha quedado predominando aquella concepción reformista hacia una economía social de mercado que busca soluciones progresivas y negociadas con el Norte; por lo mismo, el sector estructuralista y revolucionario ha sido aventado por el descrédito del sistema centralmente planificado, lo que se refleja en el opacamiento general del Movimiento de Países No-Alineados, e incluso de los 77 y de la UNCTAD. Así, cobra fuerza la orientación que estima que las soluciones vendrán por el acomodo del Sur a las exigencias y oportunidades del Norte, cuya inveterada costumbre de analizar las cuestiones en forma bilateral restablecerá la importancia de la capacidad de gestión de cada uno de los actores internacionales, quedando las tratativas multilaterales más bien como simples foros de exposición que como mesas de real negociación, como lo están indicando los escasos logros de la Ronda Uruguay en la negociaciones del GATT. La concertación regional, más que la esquivada integración, aparece como una nueva fórmula; aunque no siempre lograda, a veces sirve para alcanzar consensos marcadamente retóricos en la defensa de principios, pero rara vez de intereses.

Empuñando el cetro

El ordenamiento político-estratégico ha evolucionado en dirección opuesta a la que venía siendo su tendencia histórica, impulsada por la disfuncionalidad de naturaleza que afectaba al sistema internacional y que tuvo vigencia durante los últimos 40 años. El equipamiento militar incentivado inicialmente por la necesidad de mantener la disuasión mutua y, posteriormente, por las exigencias de la “respuesta flexible” que obligó a una proliferación del armamento nuclear intermedio y del convencional en sus variados tipos, cesó de pronto en términos agudos con motivo de la decisión soviética de no continuar este esfuerzo en el nuevo ámbito creado por la Iniciativa de Defensa Estratégica.

Esta fundamental inflexión en la tendencia se vio acentuada en ambos polos por la lógica conveniencia de establecer su disuasión mutua a los niveles más bajos de acumulación de armamentos que les fuera posible, ya que era obvio que el poder destructor acumulado excedía en mucho las reales exigencias del objetivo político de ambos: La no agresión.

Es así como son incrementados los esfuerzos de control de armas, lo que lleva a exitosas negociaciones en el campo del armamento nuclear, como el Tratado de Eliminación de Armas de Alcance Intermedio (FNI, 1987). Paralelamente se agilizan las conversaciones START con el propósito de reducir en un 50% el armamento nuclear de largo alcance, las que avanzan con moderado éxito. Igualmente, se da gran impulso a las Conversaciones sobre Reducción de Fuerzas Convencionales en Europa (CFE), las que cristalizan en el Acuerdo firmado en París en noviembre de 1990. Sin embargo, cabe señalar que tales importantes logros han quedado en cierto suspenso al dilatarse su ratificación por parte de Estados Unidos, dados los subterfugios empleados por la URSS para disminuir las reducciones pactadas, empleando la vía de asignar unidades de ejército al dispositivo naval, que siempre ha estado al margen de las cláusulas del acuerdo, afectando con ello, una vez más, la credibilidad en la buena fe soviética.

Con todo, el ordenamiento político-estratégico se ha estabilizado en un nivel de moderada fricción que queda patente no sólo por lo ocurrido en Europa, sino que por la simultánea superación de varios conflictos periféricos que obedecían en lo general al esquema de enfrentamiento de la guerra fría. Tales son los casos de las situaciones inter-Coreas; Angola; Namibia; Etiopía-Somalia-Eritrea; Camboya y Nicaragua, en todas las cuales el retiro de la intransigencia soviética ha facilitado un progresivo énfasis en otros campos de acción distintos del bélico, utilizando particularmente el diplomático y el económico.

Subsisten, eso sí, algunos casos de inestabilidad renuentes a ser resueltos, tales como los de Sri Lanka, El Salvador, Filipinas y muchos en Africa (Chad, Liberia, Sudán, República Saharaí, etc.), que reflejan disfuncionalidades de orden étnico y político-social muy particulares de cada sector y quedan mayormente enclavados en subsistemas sometidos al poder de las potencias hegemónicas. El caso de las Repúblicas bálticas y caucásicas es otro botón de muestra de estas dificultades que pueden alterar el ritmo de aplicación del nuevo orden.

No obstante, esa progresiva armonización matizadamente lograda se ve de pronto

conmocionada; resurge explosivamente una antigua y grave disfuncionalidad de grado; el ordenamiento político-estratégico se ve sacudido por una perturbación que, siendo derivada de una situación crónica, se ha hecho crítica: La guerra del golfo Pérsico. Lo que ha ocurrido es que un ámbito de inestabilidad permanente, como es el Medio Oriente, quedó expuesto a los efectos del debilitamiento de la confrontación Este-Oeste y adquirió, por lo mismo, una fisonomía propia. Producto de ello fue la propensión de algunos actores del área y de otros con intereses directos y significativos en ella, pretender soluciones puntuales drásticas a problemas muy complejos y de larga data, tales como el de Palestina-Israel, el del Líbano y el de Mesopotamia-Golfo. Fue este último el que detonó inesperadamente al resistirse Irak a sostener un bajo precio del petróleo, en circunstancias que su situación tras la guerra con Irán, en términos económicos en general y de deuda externa en particular, era tan crítica que no le aseguraba siquiera su permanencia como entidad política viable. Como no pudo obtener que la OPEP y particularmente Arabia Saudita, Kuwait y otros países árabes del golfo redujeran sus cuotas de producción para elevar el precio del crudo, resolvió replantear una antigua reivindicación territorial respecto de su vecino del sur y ocupó, mediante una rápida operación militar, todo el territorio de Kuwait, conmocionando al mundo entero por el menosprecio a la soberanía de un Estado militarmente débil. El impacto de este atropello fue magnificado por Estados Unidos (con techo de vidrio al respecto) porque paralelamente esta agresión afectaba profundamente la producción y comercialización futura de un producto estratégico para su economía y para la economía mundial en general.

Estados Unidos, actuando en representación de los intereses afectados y desempeñando el indiscutible rol hegemónico mundial que el remozado ordenamiento político-estratégico le ha asignado, tomó la decisión de rechazar esta ocupación y sancionar a Irak por su inaceptable atropello a uno de los valores más substanciales del sistema político internacional: La soberanía del Estado-Nación; también, por supuesto, por la pretenciosa intención de adquirir una desequilibrante capacidad de control de los precios internacionales del petróleo.

La situación creada en el Medio Oriente pudo seguir siendo manejada como una grave y violenta crisis que llegara a ser resuelta por un acuerdo local o simplemente se hubiera disipado a través de engorrosas negociaciones. Otra opción fue la de evolucionar hacia una guerra

que implicó la ocupación de territorio iraquí, todo ello enmarcado en el teatro de operaciones del golfo; todavía podría ampliarse a todo el subsistema meso-central, Medio-Oriente y cuenca del Mediterráneo, incluyendo nuevos actores del variado mosaico de países musulmanes, en cuyo caso llevaría el conflicto a las puertas de una conflagración mundial. Esta última posibilidad podría sustentarse en una plataforma de contraposiciones económicas que, dejando atrás la simple disfuncionalidad de grado que efectivamente generó al conflicto del golfo, acoja la disfuncionalidad de naturaleza aún latente en el ámbito mundial: La confrontación Norte-Sur, teniendo presente la posibilidad de alinear con el Sur a las grandes potencias aún rezagadas con respecto al desarrollo del Primer Mundo: China, India e incluso la URSS. Esta extrema suposición y la asimetría tecnológico-militar entre Norte y Sur incorporaría a este extendido conflicto bélico las connotaciones propias de las guerras revolucionarias y sus variados esquemas de operaciones, desde los de la guerra regular hasta los del terrorismo.

El equilibrio dinámico

Del entrecruzamiento de los ordenamientos descritos queda en evidencia que, en términos globales, se ha dado paso a un período de flexibilidad en el que hay un significativo acuerdo sobre los valores que deben regir al sistema internacional, siendo por ello muy improbable que prospere alguna disfuncionalidad de naturaleza. De hecho, se ha delineado y se está imponiendo un nuevo orden internacional.

En su seno, dada la inmanencia del equilibrio dinámico propio de todo sistema internacional, es dable esperar una acentuación de los protagonismos nacionales, sea aisladamente o mediante agrupamientos, pudiendo surgir disfuncionalidades de grado que den origen a conflictos más o menos limitados que tiendan a dirimir cuestiones relativas a la conformación de la estructura internacional o a la jerarquía de sus actores, sin que sea previsible que surjan cambios fundamentales en los valores recién reafirmados al término de la Guerra Fría.

Del análisis anterior queda de manifiesto el predominio actual de dos factores esenciales: Un declinante bipolarismo, con relaciones interactores muy variables en su flexibilidad, por una parte, y una preeminencia del factor económico sobre los demás, por otra.

La atenuación del bipolarismo es claramente perceptible en el ordenamiento ideológico, donde se tiende a un unipolarismo dominante con débiles focos competitivos. El ordenamiento económico evidencia un amplio

desarrollo de multipolaridad pues se aprecia una creciente interdependencia económica a nivel mundial, especialmente en su sector de más alto desarrollo. Si consideramos además las condicionantes geopolíticas que particularizan las políticas estatales, este bipolarismo tiende aún más a eclipsarse, apreciándose el surgimiento de variados esquemas multipolares, cada cual más consistente. También el tripolarismo del ordenamiento estratégico tiende a ampliarse a un esquema pentapolar en la medida que Europa (como un núcleo integrado) y Japón (insistentemente presionado a desempeñar un papel político internacional más activo) vayan progresivamente asumiendo los roles militares que su ascenso en la jerarquía internacional los coloca, junto a Estados Unidos, la URSS y China.

En general, si el ordenamiento político-económico sigue aumentando su gravitación internacional podría ocurrir que disminuya aún más la del político-ideológico (sin perder su persistencia), surgiendo por lo mismo un más influyente ordenamiento geopolítico-estatal que, dada las diferencias de rango, daría paso a una estructura policéntrica constituida en torno a grandes núcleos de poder económico en condiciones de ejercer hegemonía sobre Estados Unidos por afinidades en sus intereses nacionales. El ordenamiento político-estratégico, hasta ahora muy dependiente del político-ideológico, podrá reorientarse a dispositivos económico-estratégicos, sean continentales o marítimos, en un esquema multipolar satelitizado en el que la seguridad de las comunicaciones sería un requisito inexcusable para la funcionalidad del sistema internacional.

Oteando el horizonte

En el caso del ordenamiento político-ideológico, los períodos de tensión podrían agudizarse por enfrentamientos generados en polos que se resisten a aceptar el hegemonismo del democratismo capitalista o el decaimiento del marxismo, o bien por polos opuestos, en que unos alienten y otros refrenen ampliaciones de influencias ideológicas del islamismo o del nacionalismo. Las altas potencias tomarán posición en resguardo de sus propias convicciones, siendo probable que se opongan al nacionalismo, que Occidente se enfrente al marxismo remanente dondequiera subsista y que la URSS se enfrente al islamismo en sus fronteras o se alíe con él para alcanzar sus tradicionales metas geopolíticas.

En el caso del ordenamiento político-económico, los períodos de distensión darán paso

a una funcionalidad sustentada en un multipolarismo flexible en que varios actores hegemónicos compartirán entre los Estados de su órbita de influencia los avances socioeconómicos propios de los períodos de estabilidad del sistema internacional. Factores permanentes de tensión darán margen a políticas proteccionistas, a condicionamientos sobre la seguridad de los mercados, de las patentes y *royalties*, del pago estricto de deudas y del control de actividades económicas de alta incidencia social, como el narcotráfico, la explotación de recursos no renovables, los resguardos ecológicos, las migraciones ilegales y otras exigencias similares.

En el ordenamiento político-estratégico, los períodos de mayor tensión se generarán en torno a las divergencias de los dos ordenamientos anteriores o por situaciones más limitadas de carácter geopolítico, como cuestiones de soberanía territorial sobre islas, canales y puntos terrestres de importancia geoestratégica, en necesidades de investigación en los espacios ultraterrestres, terrestres o marítimos, o en la utilización de espacios geográficos para experimentación clasificada y posesión de recursos naturales estratégicos.

* * *

En todos estos casos los alineamientos serán tan variables como lo determinen los intereses coincidentes o contrapuestos de varios actores, pero la tendencia es que tales agrupamientos no alcancen el grado de bipolarismo que hemos conocido en el período 1945-1990, sino más bien en torno a varios polos que practiquen un equilibrio de poder más flexible.

En este mismo orden internacional se destaca el reingreso de Europa como actor principal en el futuro escenario político mundial. Es muy probable que opaque muy luego a la URSS, que ha perdido su imperio europeo oriental así como su credo ideológico y sufre un serio deterioro económico. También es factible que se equipare a Estados Unidos, que ha demostrado no ser ya lo suficiente rico para apoyar a Europa oriental ni lo suficiente poderoso para dar seguridad a Europa occidental. En ese mismo contexto surge la figura de una Alemania unificada, poderosa y con gran voluntad política.

También Asia adquiere creciente significación. En ese entorno surgen un Japón, tanto o más poderoso que Alemania pero reacio a asumir un rol político principal, y una India dispuesta a consolidarse como potencia mayor a nivel mundial.

Los Estados de menor poder continuarán en una situación marginal, con una generalizada

vinculación político-ideológica coincidente con los valores del nuevo orden internacional y, además, con otras relaciones más bien pragmáticas, centradas en aspectos estratégicos o económicos. Para lo primero, vinculados a esquemas de seguridad colectiva regional tutelados por una o

más potencias militares con influencia hegemónica en el área, y para lo segundo, participando del libre comercio e inversión extranjera en el seno de esquemas de tipo funcional integrado, cuyos núcleos lejanos sean potencias de alto rango.

